



María Kodama

“Mi vida siempre estuvo ligada a los idiomas”

En esta entrevista exclusiva, María Kodama, viuda de Jorge Luis Borges, se refiere a la fascinación del autor de *El Aleph* por los idiomas y a cuánto valoraba la traducción. Resalta la importancia de los estímulos, el conocimiento de otras culturas y el trabajo interdisciplinario para la creación tanto en el trabajo de los escritores como en el de los traductores.

— Borges decía que se enorgullecía más de los libros que había leído que de los que había escrito... ¿Y de los que había traducido qué decía?

— Él, por supuesto, no era un traductor profesional, había aprendido el inglés y el español paralelamente en su vida, y ya desde muy chico, hizo una traducción de un cuento de Oscar Wilde. O sea que él consideraba que la traducción era muy importante, no solo desde el punto de vista de la literatura, ya que en realidad la suerte de un título en otro idioma depende de la capacidad y de la sensibilidad y de la inteligencia del traductor. A veces, si no se es un buen traductor, la obra puede quedar destruida. Borges con su madre también tradujo algunas obras. Yo estudié con él el anglosajón y el islandés, y juntos emprendimos las traducciones de algunos poemas anglosajones y de *La alucinación de Gylfi*. Estudiábamos para traducir, y realmente lo que uno aprende de una lengua es verdaderamente increíble. Así se aprenden todos los resortes mentales e intelectuales de un pueblo a través de ese idioma que estamos traduciendo.

— ¿Cómo era la vinculación de Borges con los idiomas? Usted señalaba que Borges aprendió simultáneamente inglés y español, y posteriormente, aprendió alemán solo...

— Claro, él aprendió solo, en Ginebra, el alemán con un diccionario y los poemas de Heine. Después hizo un trabajo importante como traductor en España, él

tendría 19 años y allí se vincula con la gente del Ultraísmo, y él va a traducir a los poetas expresionistas alemanes introduciéndolos de esta manera al mundo del habla hispana.

— ¿Y cómo se vinculaba con otros idiomas? Como el caso del francés, italiano, latín...

— Bueno, el francés lo estudió en Ginebra, en la escuela; el alemán lo estudió solo; el italiano lo entendía, pero no lo hablaba, y después, también durante su formación, aprendió el latín como idioma básico para traducir. Podía leer Virgilio en latín. A mí me envidiaba el griego porque yo en la facultad estudié griego antiguo, y entonces muchas veces le gustaba que yo le leyera parte de *La Ilíada* o parte de las tragedias para escuchar el sonido del griego antiguo. Él, incluso, se interesaba o no por la cultura de determinados países, de acuerdo a la literatura que habían generado. A Borges le gustaba la épica, y cuando descubre el anglosajón, que tenía una literatura naturalmente épica, y las sagas islandesas, quedó fascinado.

— ¿Usted cree que a él le quedó alguna deuda con algún idioma que hubiera querido saber, conocer...?

— Bueno, nosotros estudiamos un poco de japonés antes de viajar a Japón, pero solamente para las cosas básicas. Y antes de que Borges muriera, empezamos a estudiar juntos el árabe.



— ¿Qué opinaba Borges de sus libros traducidos a otros idiomas?

— No los leía jamás... Yo lo entiendo porque él era un gran perfeccionista; a veces, el traductor puede o no ser perfeccionista. Entonces eso le hubiera creado grandes angustias, él decía que era mejor confiar y pensar que estaban espléndidamente traducidos, que se habían beneficiado con la traducción.

— Él decía que el buen traductor podía mejorar, incluso, el original...

— Sí, y es verdad. La traducción es como la música del que compone, es decir, es una tarea muy difícil, porque hay que entrar prácticamente en la psicología del autor, empaparse de los términos, de la forma de sentir, de los giros en la lengua original de ese autor y luego hacer la transmutación de todo eso a la propia lengua. Y si el traductor tiene un profundo conocimiento de su propia lengua, a veces, puede mejorar un texto que no es excelente...

— ¿Borges tenía diálogo con algún traductor...?

— Él era amigo de Emilio Stevanovich, un traductor famoso, con quien hablaba de traducción. También tenía relación con Rolando Costa Picazo, que es realmente un gran traductor. Como decía Borges: un militante de la traducción.

— Tanto para los escritores como para los traductores, hay ¿estímulos que estimulan? la creación. ¿A Borges qué lo incentivaba para escribir? ¿Los viajes, por ejemplo?

— Sí, con los viajes fue descubriendo cosas. Él decía que todo viaje es inútil si no comienza por la lectura, es decir, si nosotros vamos a un lugar y no sabemos nada de ese lugar, evidentemente infinitas cosas van a perderse y vamos a quedar en una especie de periferia de la historia: *qué bueno, qué lindo*, y nada más. Pero no vamos a poder sentir en realidad y aprender la esencia de ese lugar al que vamos.

— ¿Y qué otras disciplinas estaban en el horizonte de sus intereses?

— En la biblioteca de Borges, en realidad, casi no hay libros de literatura. Algo semejante sucede con la biblioteca de Kipling en Inglaterra, que está llena de libros de viajes, de filosofía, de historia, de geografía. Todos estímulos para lo que él iba a crear. En el caso de Borges, es igual, hay muchísimos libros de filosofía, de religiones, libros de física cuántica, de matemáticas. Es decir, son libros que apuntan a las disciplinas de las cuales él se nutrió para con su imaginación crear toda esa literatura que tenemos hoy y nos ha dejado.

— ¿Cómo fue aquel momento en que usted conoció a Borges...?

— Fue maravilloso. Lo conocí a los 16 años cuando empecé a estudiar con él. Antes, lo había visto en una conferencia. Un amigo de mi padre pensó que por lo menos una vez en la vida yo tenía que ver a ese hombre. Yo tenía 11 años y me llevó a escuchar una conferencia de Borges, y quedé fascinada. En ese momento, pensé que los tímidos se reconocen y

me decía a mí misma: “este hombre es tan o más tímido que yo y puede hablar y decir todas estas cosas maravillosas que yo algún día entenderé bien. ¡Y puede hablar! Entonces quiere decir que yo puedo hablar, y como lo que yo quería era enseñar, entonces iba a poder hacerlo”. Para mí eso fue como una bocanada de aire que me decía que yo realmente iba poder hacerlo. Era como mi anhelo más grande; enseñar, para mí, es dar libertad, es abrir mente, es crear lazos, es lo máximo.

— ¿Cuándo fue la primera vez que escuchó hablar de Borges?

— Fue a través de una señora que mi padre me había puesto para que me enseñara el inglés. Yo tenía 4 ó 5 años. Esta señora era muy genial; yo no sé si ella me enseñó el inglés, pero aprendí con ella un montón de cosas. Ella me leía en inglés y luego me hacía una especie de resumen para que una niña de 5 años entendiera de lo que estaba leyendo. A mí me quedaba el sonido de la lengua y luego esa especie de resumen, que yo no sabía si era exacto lo que ella estaba leyendo, pero que a mí me fascinaba como doble juego. Borges nunca tradujo esos dos poemas. Los había escrito para una mujer de la cual él estaba enamorado. Fueron los primeros que yo escuché en mi vida y fueron de boca de esta señora con su explicación. De algún modo, mi vida, aunque no soy traductora, estuvo ligada a las lenguas desde el principio. Mi padre me cantaba canciones en japonés; mi madre me hablaba en francés; mientras, aprendía el español; luego el inglés por medio de esta señora. Aprender idiomas me dio apertura con la gente, me ayudó a poder ponerme en la posición del otro. Eso yo lo llevé a todos los planos de mi vida; trato de entender al otro antes de juzgar, de enojarme, antes de todo, y pensar: ¿por qué actúa así?, ¿y por qué dice eso?, ¿qué quiere decir esta palabra? Cuando uno entiende, ya está todo en su lugar; no se deja espacio a la pelea, al enojo. Creo que esa es la gran ventaja de la traducción.